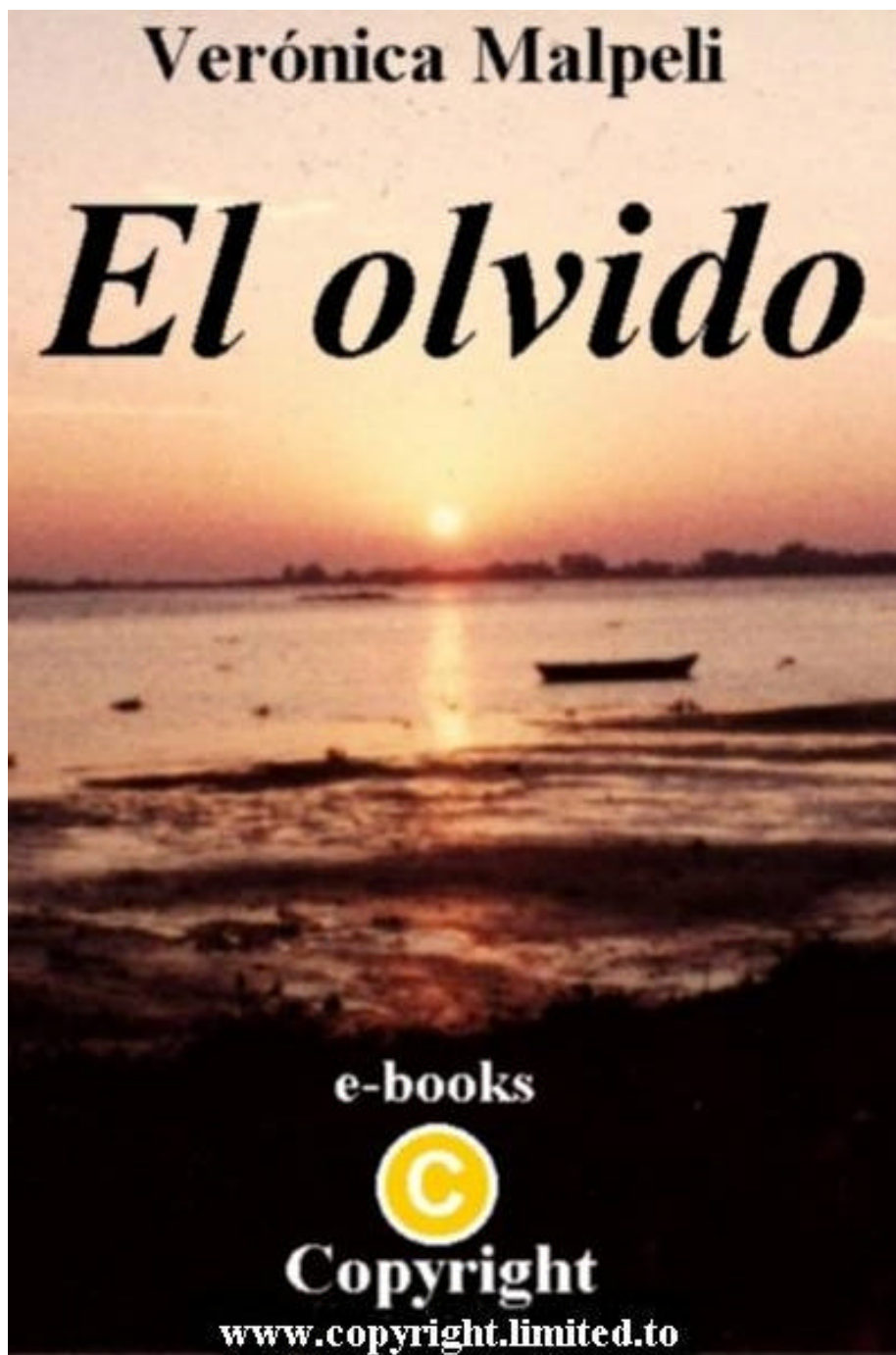


Verónica Malpeli

El olvido



e-books



Copyright

www.copyright.limited.to

Copyright e - books

www.copyright.limited.to

copyright_ebooks@hotmail.com





El olvido

El amanecer sobreviene en Villa Achala como en cualquier otra parte. Un cielo de ocre y amarillos débiles. El calor en Enero no es cosa común; se hace sentir pasadas las diez. Ramiro se levantaba siempre entre ambos. No le seducían ya los tintes dorados; tampoco la picazón del cuerpo bajo la tórrida insolación mañanera. Pero ese día se levantó mucho más tarde. Raro en él. Clementina -su concubina- se extrañó. Cierto es que quiso despertarlo a las 8:45, pero la sonrisa dibujada en el rostro de su amado le convenció de hacer todo lo contrario. Así fue como por vez primera en veinte años, tuvo que arreglárselas sola con el mate.

-¿Que le estará pasando al Ramiro? -se interrogó.

-¿Le habrá agarrado la fiebre?. Enseguida se percató de lo peor.

-Seguro que anduvo de copas anoche. -y agregó mascullando la bombilla: -¿Con quién se habrá encamado el muy cretino?.

Era domingo. El pueblo estaba cristalino. Nadie transitaba la calle principal hacia la iglesia. Ésta se había quemado con un puñado de beatas dentro. Hacía ya una semana de la tragedia. Desde entonces los caminos de la fe se habían desviado al pueblo vecino de San Ignacio. Viendo por la ventana de la cocina, Clementina percibió que nunca más habría de haber iglesia en Villa Achala. Hasta llegó a pensar que el cura enviado en Diciembre -para reemplazar al que se había muerto de viejo en Noviembre- era un falso cura. Se comentaba que él mismo había sido quién la había incendiado, quizá por no haberle gustado el destino que le había tocado en suerte. Echó una mirada a la habitación. Ramiro se había dado vuelta hacia la izquierda. -Por lo menos se mueve- se consoló. Iba a cambiar la yerba cuando de repente retumbaron las palmas en el portón de la casa.

-¿Quién será a esta hora? -se preguntó con preocupación. Es que nada bueno podía suceder con un sol tan altivo.

-¡Clementina! -se oyó del otro lado. -Soy yo, Anastasia.

¡Anastasia! -repitió Clementina en el umbral de la puerta reseca-. Pero pase de una buena vez. -le espetó amablemente y añadió: ¿Para que se queda ahí parada...?

-Es que como no vi a su Ramiro por el jardín, pensé que....

Clementina le interrumpió y le dijo cómplicemente:

-¿Que estábamos haciendo un gurí?. Anastasia rió. -¡Más quisiera yo! -exclamó Clementina- Pero el Ramiro...-un rictus de preocupación invadió su rostro. Sus palabras se apagaron junto con el quemador de la cocina. -Vea -le señaló a Anastasia- se terminó la última garrafa. Clementina se dejó caer pesadamente en la silla más cercana e invitó a Anastasia con una mirada a imitarla. -Pero cuénteme... -se animó a decir -¿Ud. no habrá venido a estas horas a preguntarme por mi Ramiro...? -inquirió.



El olvido

-¿Su Ramiro?. -repreguntó con suspicacia Anastasia. -¡Mi marido!. -exclamó tajantemente.

-¿Su marido?. -replicó con sorpresa Clementina.

-Es que no ha vuelto a casa anoche...-le anotició Anastasia sin más trámite. Con los ojos dolientes alcanzó a agregar: -Me entiende..., no volvió, y nunca me ha hecho una cosa así...

-Dios me libre hacerla sufrir de esa manera -la consoló como pudo. -Que raro...pensó para sus adentros.

-Por eso quise venir hasta aquí y preguntarle a su Ramiro si sabe algo...

-¿Mi Ramiro ?. -se interrogó a si misma. -Pero si todavía no se ha levantado... -afirmó avergonzada.

-Su Ramiro...¿sigue en cama? -se extrañó Anastasia. Sabía que aquello le significaba que el buen cristiano se había agarrado una gran borrachera.

-Ya mismo lo despierto y le pregunto de una buena vez que anduvo haciendo anoche.

No había dado ni media vuelta cuando desde la habitación se vislumbró la figura del susodicho. Ramiro Gutiérrez, su concubino. Tenía los pelos parados pero su rostro lucía distinto. Se apreciaba una sonrisa impertinente. La misma que se había dibujado mientras dormía. Era raro. Jamás se lo había visto de esa manera. -¿De qué podía estar alegrándose el muy cretino? -pensó Clementina.

Clementina se adelantó con premura. Por otro lado quería agarrarlo sólo. Tampoco era cosa de estar ventilando algún entuerto.

-Óigame Ud -le dijo seriamente, para increparle luego -¿Anduvo de copas anoche que no se ha podido levantar a una hora decente?. Clementina sabía que su marido podía haberle dado vuelta la cara de un revoleo sin que mediara aviso previo. Por un momento se arrepintió. Igualmente insistió desafiante con la mirada.

-Viejita...-respondió dulcemente Ramiro. -De ahora en má' no tiene por qué preocuparse. Entonces fue cuando se le acercó y la levantó por la cintura con la ligereza con que se arranca una flor silvestre. Era un hombre muy fornido, pero como todos los hombres de Villa Achala, algo lento de entendederas. Así, sosteniéndola en el aire, comenzó a darle vueltas descerrajando grotescas carcajadas.

-¡Esta loco! -exclamó asustada Clementina. -Bájeme de una buena vez. -¡Por Dios! -exclamó. -Si todavía debe estar bebido...

Ramiro continuaba riendo y no demostró el menor interés por las ofensas de su concubina. Hasta que por fin la bajó, y estampándole un beso en la frente le dijo: -Viejita, he hecho la cosa má' importante de mi vida. -¿Me entiende?. Clementina no podía salir de su asombro.



El olvido

-¿Escuchó bien lo que le dije? -quiso asegurarse- ¡lo má' importante de mi vida! -e insistió una y otra vez vociferándolo a los cuatro vientos.

-Cállese un poco -le chistó Clementina, dándole a entender que no estaban solos. Allí fue cuando él se asomó a la cocina y la vio. Anastasia estaba de pie, impertérrita, con un inusual vestido negro que se fundía con los cacharros quemados apilados tras sus espaldas.

-¡Anastasia!- le gritó. ¡Que sorpresa! -agregó desorbitado y a carcajadas. -Está Ud. también invitada a la fiesta ¡ehhhh!. -¡Todos están invitados carajo!. ¡Será la mejor fiesta que se halla dado en Villa Achala! -añadió risueñamente. -Por que Ramiro...-se dirigió seriamente a las dos mujeres- ha hecho la cosa má' importante de su vi...-se vio obligado a hacer una pausa. A las dos mujeres le pareció como que regurgitaba algún refrito, para enseguida volverlo a tragar. Recuperado, continuó fervorosamente.

-¿Entienden? ¡Lo má' importante de mi vida!. Exclamó otra vez desenchajado y volviendo a reír. Ramiro permaneció así por unos segundos hasta que pudo ver el temor reflejado en el rostro de las dos mujeres. Entonces se sentó y por fin se calmó.

-Viejo -le susurró Clementina. -¿Que es eso que ha hecho Ud. que es tan importante?. Esperó un instante en vano, luego buscó el apoyo de la incólume Anastasia y aseveró: -Nosotras estamos preocupadas por el Cecilio... -¿Sabe Ud. algo del Cecilio? -le suplicó.

-No ha vuelto a casa anoche...-sollozó Anastasia.

-¿El Cecilio no ha vuelto? -se extrañó Ramiro, para luego mirar hacia uno y otro costado, como negando la nueva. -Pero si yo estuve con el Cecilio en...-se detuvo. Esta vez no tragó nada. Las dos mujeres se percataron que lo había hecho adrede. Al fin y al cabo, siempre le había costado mucho más enlazar un pensamiento... que pialar algún potro en el descampado.

-Dígame en dónde estuvo con el Cecilio... -le asestó Anastasia con desesperación. -Dígamelo por el amor de Dios...- le imploró.

Ramiro palideció. Todo el esperpento de su recia humanidad pareció extinguirse, como la iglesia una semana atrás, dejada de la mano de Dios. No sin poco esfuerzo al fin tartamudeó. -En el boooliche...dónde carajo si no.-hizo otra pausa y reafirmó:

-Como que soy hijo de Anacleto Gutiérrez.... le juro que le dejé en el boliche nomá'. Y miró nuevamente hacia los dos costados, ahora para buscar afanosamente el consentimiento de las dos mujeres.

Anastasia rompió en llanto y salió corriendo presurosa. Apenas Clementina pudo atinar a decirle algo como para intentar retenerla.



El olvido

-Déjela -le gritó Ramiro. -Seguro que el Cecilio se fue de putas a San Ignacio, como siempre...-y con una sonrisa anunciada concluyó. -A esta hora debe estar amaneciendo...-y entonces rió, pero de una manera distinta.

Clementina se resignó. Cerró bien la puerta. Un aire caliente venía del pedregullo de cuarzo de la calle que hacía aún más insoportable el ambiente. Buscó entonces el mechero a kerosén. Lo encendió en silencio y puso la pava. -Se terminó la garrafa- aseveró de espaldas a Ramiro.

Ramiro no tenía ya esa sonrisa dibujada. Permanecía quieto, muy quieto, con la mirada perdida en la ventana. Clementina le cebó un mate amargo y aguardó su aprobación. No dijo nada.

-Viejo -se animó a hablarle. -Dígame de una buena vez... ¿qué es eso que ha hecho Ud. que es tan importante? -le interrogó con cautela.

-Ahhh -contestó Ramiro, interrumpiendo su alocución con el lamento del ruido a vacío del mate amargo. -No, si, eso que le dije- continuó buscando infructuosamente más infusión.

-Si, eso, -le increpó Clementina, un poco cansada ya de tanto misterio. -¿Pero qué carajo hizo?

Ramiro le tendió el mate y al mismo tiempo la tomó por el brazo y la sujetó con una fuerza patriarcal.

-Eso que le he dicho mujer. Que su Ramiro ha hecho la cosa más importante de su vida...Clementina insistió.

-Si, pero... ¿qué ha hecho Ud. que es tan importante?. -le repreguntó implorándole que le explique de una buena vez de que se trataba todo aquello.

Allí fue cuando Ramiro se enfureció. Arrastró con el brazo de ella el mate a medio cebar hasta arrojarlo fuera de los límites de la mesa.

-¡Eso carajo!. -le gritó, y se lo repitió una y otra vez. Luego cayó en una gran desazón y se puso a llorar, astillando su cara contra la mesa. Y entonces comenzó a balbucear.

-¡Mierda que no me puedo acordar!. -¡He hecho la cosa más importante de mi vida y no me acuerdo que carajo!.

Una y otra vez Ramiro continuó vociferando con que no se acordaba que era lo que había hecho. Y lloró, y maldijo su suerte mil veces. ¿Cómo era posible que su Clementina no pudiera entender que él había hecho la cosa más importante de su vida y que no podía recordarla?. Y así permaneció hasta que se reincorporó y nuevamente fijó su mirada perdida en la ventana.

Clementina no supo que hacer. Nunca había visto así a su concubino. No era hombre de tomar mucho. Y si alguna vez había regresado medio bebido, era improbable que la borrachera le siguiese hasta entrado bien el día. Tampoco era hombre de fabular. Entonces no



El olvido

tuvo más remedio que contenerlo. Le recostó la cabeza en su pecho, lo abrazó, y le dijo al oído: -Tu Clementina te cree...-y trató de consolarlo aún más. -Ya te vas a acordar -e insistió acariciándole esos pelos parados. -Te juro que te vas a acordar.

Habrían permanecido no más de treinta minutos. Así, el uno junto al otro. Clementina instándole a que reconstruyese cada cosa que había hecho anoche. Ramiro, colaborando con sus limitaciones conocidas. Lo que no podía entender aún ella era cómo sabía él que lo que no recordaba haber hecho era lo más importante que había hecho. Lo cierto es que Ramiro sólo sabía lo que sabía. Clementina consideró entonces que lo mejor era esperar a que su concubino se olvidara de lo que se había olvidado.

En Villa Achala dicen que Ramiro Gutiérrez enloqueció. Que desde que la iglesia se quemó, no han parado de sucederse las tragedias. Hace ya una semana que Cecilio apareció muerto, acuchillado. La policía se llevó enseguida a Ramiro. Los habrían visto salir juntos aquella noche, al decir de unos parroquianos. Anastasia declaró en su contra. Dijo que aquella mañana vio a Ramiro como enajenado. Que no quiere recordar lo que no le conviene. Que estaba borracho y que de seguro liquidó a su marido. El oficio es terminante: "el imputado dice haber hecho la cosa más importante de su vida pero no recuerda que fue lo que asegura haber hecho..." y prosigue para concluir "...y puesto que lo único importante en Villa Achala al momento de estas actuaciones ha sido el asesinato de Cecilio Narváez, se dicta el procesamiento de Ramiro Gutiérrez, quien se presume..." y luego continúa con todas las de la ley.

Clementina va al calabozo todos los días. Le lleva algunas verduras y un poco de carne en estofado. Luego, a la tarde, comienza a cebarle mate, lo propio hace con el comisario, el cabo, y los dos oficiales. Regresa a la casa y se va para la iglesia. Es una de las voluntarias de la reconstrucción. Allí se encuentra con Anastasia. No se hablan. De San Ignacio llega un juez de paz. Dice que hace una semana un tal Ramiro Gutiérrez se le apersonó. Ahora Ramiro se levanta al amanecer. Ya no tiene problemas con su memoria, pero eso sí..., por ningún motivo quiere que le recuerden a Anastasia.